



**Hugo Rodríguez-Alcalá**

## **El regreso**

Entró por la puerta que se abría a los fondos de la iglesia nueva. Vio en el zaguán la imagen de la Virgen y el Niño, amarillos de sol en su hornacina. Creyó reconocerlos. Debía de haberlos visto muchísimas veces. Pero en otro sido, hacía mucho tiempo. A la derecha, una puerta entornada daba acceso a la galería.

Entonces tuvo la impresión de que por dentro el edificio no había cambiado; que sólo la capilla y el jardín de la capilla habían desaparecido. En su lugar se alzaba la iglesia nueva, casi grande como una catedral.

Tuvo también la impresión entre dulce y dolorosa de que aquella siesta de febrero era idéntica a muchas de treinta años antes.

No había nadie en el patio embaldosado, excepto los árboles que le solían parecer personas vivas. Tampoco había nadie en la avenida de palmeras reales que dividía el edificio en sus dos amplias alas.

Todo estaba en silencio. Por las ventanas de las aulas a lo largo de la galería reconocía las altas lámparas ahora apagadas, los largos pizarrones y, encima de éstos, los crucifijos de metal oscuro.

Oyó que sus pasos, que resonaban huecamente en el silencio, [26] se detenían. Había luz en la sala de estudio.

Estaba igual. Le extrañó que su tamaño no hubiese cambiado en tanto tiempo. Si avanzaba unos metros más pasaría frente a la ancha puerta abierta de par en par. Sintió inexplicable temor de llegar hasta esa puerta y de mirar hacia adentro. Avanzó, sin embargo, vacilando antes unos minutos, y miró. Lo reconoció en el acto; el pelo lo tenía todo blanco. Las gafas eran las mismas y también la cara rosada, casi sin arrugas. Y los mismos ojos escrutadores.

-¿Tú aquí, de improviso, sin avisar a nadie? ¿Desde cuándo?

-Desde hace unos días, Padre. Pasaba y entonces quise...

El sacerdote le tomó las dos manos mirándolo fijamente a los ojos.

-Has cambiado muy poco. ¿Sabes? Lo suficiente para convertirte en el retrato viviente de tu padre.

-Siempre decían que me parecía a él.

-Es cierto. Pero ahora aún más. En sus últimos tiempos, el pobre, venía los domingos a vernos y se paseaba por la galería mirando a los muchachos jugar en el patio. Me preguntaba casi siempre las mismas cosas; cómo eras cuando niño, cuáles fueron los primeros autores que leíste y si yo había adivinado entonces que ya soñabas con irte lejos, a aquellas tierras.

Unos cincuenta pares de ojos adolescentes contemplaban curiosos a los hombres en el umbral de la puerta. [27]

-Vamos a dejarlos estudiar tranquilos. Son mis seminaristas. Tienen examen la semana próxima. Lo del pequeño seminario es idea mía. Cuando fui Director del Colegio, aproveché la ocasión y logré fundarlo. Hoy, como está en marcha, nadie se anima a suprimirlo...

Hurgó en los bolsillos de la sotana y extrajo un llavero. Avanzaron hacia el final de la galería, en cuyo fondo, el visitante pudo pronto reconocer la entrada del viejo teatrillo de sus comedias estudiantiles. El sacerdote se detuvo frente a una puerta muy alta.

-Entremos en el aula número 2, que es esta. ¿Qué te parece? Hace veinticinco o más años que Rogelio, César, tú y los de aquella temible camada estudiasteis conmigo el primer curso...

-Hace exactamente treinta años, Padre.

La puerta se abrió con un crujido de maderas recién barnizadas. El visitante miró con intensidad los pupitres, el pizarrón, el crucifijo de metal.

-Hay aquí el mismo olor de entonces, Padre. Olor a tiza, a tinta, a útiles escolares.

-Y también olor a asno por desorejar. Siéntate donde quieras. Yo, por costumbre, me sentaré en esta silla que todavía parece joven.

El visitante fue hasta el segundo pupitre de la primera fila y, al disponerse a ocupar el banco de madera dura que le había sido tan familiar, advirtió que era mucho menos grande de lo que recordaba. Con los codos sobre el pupitre podía ver, tras los hierros de la baranda de la galería, la mitad del patio de sus antiguos recreos. Un [28] patio también del mismo tamaño: inmenso. Bajo aquel árbol (pensó) nos reuníamos los del grupo. Allí me contó Guillermo que durante todo el verano durmió con sus primas. Sobre aquellas gradas tuvo Luis María su primer ataque. ¡Qué blanco estaba en el cajón, semanas después, entre los cirios y las flores! El Padre Víctor no quería que el grupo se reuniera bajo el árbol. Creía que complotábamos cosas feas...

-He leído varios escritos tuyos en revistas de América y Europa. Nunca me has enviado alguno de tus libros. ¿Estás contento allá, tan lejos? ¿No echas de menos la tierra, tu gente?

-Esa pregunta debe ser primero para usted Padre. Usted hace mucho más que abandonó su país, su familia, su lengua.

-Es diferente -dijo el sacerdote. Yo tengo la religión; tú apenas tienes la literatura.

-¿Y cuántas veces ha vuelto a su país, Padre?

-Sólo una vez, después de la guerra. Pero mi país es este donde vivo. Aquí las cosas siguen más o menos idénticas a lo que eran cuando llegué. El pueblo en el que nací, por el contrario, ya ni siquiera existe. Las bombas lo hicieron polvo; la iglesia y las casas que hoy tiene son más jóvenes, mucho más que yo. Lo único que le queda es el nombre que llevó durante siglos. Lo demás, hijo, no lo reconozco; no es mío.

-Aquí también han cambiado muchas cosas, sin embargo. Y ha muerto mucha gente.

-¿Viste ya la nueva iglesia que tenemos? Es magnífica. [29]

-Hubiera preferido que no demolieran la capilla con sus colorines y su altar lleno de ángeles de yeso. Pero, dígame, ¿el Padre Hilario...?

-Murió hace quince años, en Francia.

-¿Y el Padre Alberto? Él era más joven que el Padre Hilario.

-Lo era hace treinta años. Estuvo mucho tiempo ciego y sordo. Murió también el pobre.

Al visitante, mientras hacía estas preguntas, le pareció que si salía de aquella aula, cruzaba el inmenso patio, abría el portón de hierro de los fondos y llegaba al ala posterior del edificio, vería al Padre Alberto y al Padre Hilario sentados en uno de los bancos verdes del jardín examinando alguna flor nueva.

-...Murió también el pobre...

Quedó un momento silencioso, evitando los ojos del antiguo maestro. Luego, con esfuerzo y voz apenas audible, preguntó:

-¿Y el Padre Alejo, Padre? Me escribieron que...

-Sí, hijo. El cáncer. No le dijo nada a nadie durante años hasta que fue inevitable...

-¿Murió?

El sacerdote asintió con la cabeza. Hubo otro silencio, ahora más largo. Desde el patio llegaba un aturdidor bullicio de pájaros. [30] Sonaron unas lentas campanadas, mucho más altas y vibrantes que las de otro tiempo.

-El Padre Alejo -empezó el visitante- el Padre Alejo me conseguía los libros franceses que yo quería...

-Era servicial y generoso con los que valían; con sus amigos. Pero nunca quiso asumir responsabilidades serias. Era brillante y sabía mucho, sí. Usaba su brillantez para evitarse disgustos.

El visitante, con la cabeza baja, miraba vagamente el tablero del pupitre. En la madera oscura, grabado a cortaplumas en caracteres inseguros, leyó su propio nombre. Pasó la mano sobre el grabado y no dijo nada.

-Padre Alejo -le decía yo- Lo necesitamos a usted. Asuma, Padre la Dirección. Y él me contestaba con una gran risa: «-Yo no sirvo para Director, Padre Miguel. Apenas para cura de campaña y maestro de escuela».

El visitante, sin alzar los ojos, dijo: -El sabía lo que hacía...

-Pero, Padre, ¿el prestigio -argüía yo- que usted tiene? Su influencia, sus amigos. Todo eso es necesario en esta crisis. Pero el Padre Alejo repetía: «-Yo no sirvo para Director, Padre Miguel. Apenas para maestrillo de escuela...» Y entonces me daba una palmada en el hombro y se iba, con su breviario lleno de estampas, por la avenida de las palmeras, riéndose acaso de este tonto que creía en su prestigio y en su brillantez. No quería responsabilidades. Era así. [31]

-Sin embargo, Padre -lo interrumpió el visitante- era el primero en llegar a la cabecera de un enfermo, en escribir una cartita amable cuando alguien sacaba un premio o cosa así. Cuando enseñaba no parecía dar clase. Conversaba con nosotros y entre chiste y chiste decía cosas que no se olvidan.

-No quería responsabilidades, hijo. La cruz no pesa cuando se está entre amigos sino cuando se la lleva a solas. El solamente quería a sus amigos y se desentendía de casi todo lo demás.

-A veces, conversando en esta misma clase sobre Pericles, Augusto o Luis XIV, se quedaba muy pálido y llevándose la mano al costado permanecía rígido durante un minuto o más. La frente se le cubría de sudor y debía sacarse las gafas, después, para secárselas.

-Sería ya su mal, hijo.

-No sé. No se quejaba ni atribuía esos dolores a nada serio. «No es nada -explicaba- es este cambiar del tiempo, del calor al frío y viceversa...»

-Extraño hombre el Padre Alejo, hijo. La verdad es que desde que se nos fue, aquí se ha acabado la alegría. Odiaba la tristeza como a todas las cosas serias. «-Padre Miguel -me predicaba- no tome demasiado a pecho esas cosas que lo molestan. Los pájaros tienen graves problemas, Y mire usted cómo no dejan de cantar nunca». Y era cierto, desde el amanecer hasta ponerse el sol cantaban -y cantan- en los grandes árboles. Debajo de uno de ellos, del más frondoso, ¿recuerdas? el Padre Alejo leía sus libros y escribía en sus cuadernos azules con cantos dorados. [32]

-Padre, debo ahora marcharme. Me esperan aquí cerca. Volveré a visitarlo antes de...

-No, no te vayas todavía. Espera dos minutos más. El Padre Alejo me dejó algo para ti. Primero quiso que se lo diera a tu padre, pero en esos días tu padre cayó enfermo... «- Déselo entonces personalmente -me dijo.- Él va a volver pronto. Va a ver usted. Va a volver pronto, cualquiera de estos días». Y yo para tranquilizarlo...

No lo dejó terminar la frase. Se puso en pie y salió hacia la galería; apoyó las manos en la baranda y allí quedó, solo, de espaldas al aula Número 2. El viejo maestro se le acercó y le dijo suavemente:

-Espera. Vuelvo en seguida.

Pero no lo abandonó junto a la baranda. Permaneció al lado del viajero con una mano puesta sobre el hombro inclinado hasta que al muchacho canoso le fue posible hablar de nuevo.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

